

LA MONARQUÍA

Número 5 céntimos

DIARIO LIBERAL CONSERVADOR

Número 5 céntimos

MADRID
AÑO II.—NUM. 242.
TELEFONO 887

PRECIOS DE SUSCRICION
MADRID.—Un mes 1 peseta.
PROVINCIAS.—Trimestre 5 ptas.
ANUNCIOS.—10 céntimos línea.

Jueves 14 de Junio de 1888

DIRECTOR

DON FRANCISCO JAVIER BETEGON

PRECIOS DE SUSCRICION
EXTRANJERO.—12 ptas. trimestre
HABANA Y PUERTO-RICO.—10 id.
FILIPINAS.—22 id.

OFICINAS
Hileras, núm. 8, bajo izquierda
PAGO-ADELANTADO
ADMINISTRADOR, D. R. F. LABRADOR

AVISO IMPORTANTE

A los señores suscritores de LA MONARQUÍA que se ausenten de Madrid durante el verano, se les enviará el periódico al punto de la Península que deseen, sin aumento de precio, avisándolo a la ADMINISTRACIÓN del mismo, HILERAS, 8, BAJO.

NI PIZCA

Vamos por partes. Ante todo, los periódicos que afirman que el señor Sagasta recibió encargo de formar Gabinete, cometen una grave inexactitud.

El encargo de formar Gabinete supone un voto de confianza de la Corona.

Y esto es lo que pretenden hacernos creer que se ha realizado.

Pero en lugar de un voto espontáneo, lo que ha habido es una hipócrita imposición por parte del Sr. Sagasta.

El presidente del Consejo ha presentado a Su Majestad las dimisiones de todos los ministros, menos la suya.

Comprenden ustedes toda la delicadeza de este proceder?

Pues adelante.

En circunstancias análogas, cuando se trata de una crisis total, el presidente es el primero que por cortés y decorosa costumbre, por respeto a la libertad de la Regia prerrogativa, pone en manos de S. M. su dimisión.

Y si S. M., después de recibida, le confirma en su puesto y le encomienda la reorganización del Gabinete, entonces es cuando el jefe del Gobierno puede enorgullecerse con la confianza libremente otorgada, y proclamar su autoridad con el prestigio que es indispensable a toda autoridad digna.

Pero lo hecho por el Sr. Sagasta, en lugar de una prueba de confianza, prueba, por el contrario, muchísima desconfianza.

Si hubiese estado seguro de seguir mereciendo la confianza de la Corona, ¿no hubiera hecho lo que debía?

Sin duda ninguna; aunque sólo fuera por satisfacción de su vanidad, por su propio decoro.

Ahora bien no asistiendo a esa seguridad, lo correcto, lo digno, lo gubernamental, lo monárquico, lo respetuoso era también explorar su verdadera situación, poniendo a la Corona en el caso de que libremente, como es constitucional, se la demostrara.

Pero no, aquí se ha llegado a la absoluta falta de pudor para prescindir de la confianza de la Corona en la gobernación del Estado, a explotar la educación de la Reina, a secuestrar la Regia prerrogativa.

¿Pues qué quería el Sr. Sagasta? ¿Poner a la corona en el duro trance de exigirle cara a cara su dimisión?

Esto bien sabe el Sr. Sagasta que es muy violento a una señora de la exquisita delicadeza de nuestra Soberana.

Y no es la primera vez que el Sr. Sagasta usa de procedimiento tan artero.

Ya en otra ocasión intentó hacer lo mismo. Pero entonces tuvo que habérselas con un hombre, con un Rey de la entereza de D. Alfonso XII que le hizo comprender lo irreverente de la artimaña, y le pidió la dimisión para unirle a las de los demás ministros, y decidir con la completa libertad que es de derecho en la Corona.

Esta lección no se le puede haber olvidado a un hombre político de la importancia del Sr. Sagasta, y el no seguirla ahora, indica ánimo deliberado de ir debilitando la iniciativa Real.

Nunca ha sido la política del Sr. Sagasta una política leal, franca ni patriótica.

Todo se ha reducido a recursillos, zancadillas y cubiletes.

Componenda por aquí, humillación por allá, amenazas vergonzantes, embrollos a todo el mundo, inconsecuencias por interés, explotación del país, debilidad con los audaces, protección a todo lo más inútil y nocivo, indiferencia por los intereses vitales de la nación, ignorancia asombrosa de cuanto es preciso saber en el Gobierno y administración del Estado, pequeñez de miras, ramplonismo de formas y procedimientos; y, en una palabra, más que jefe de partido, ser presidente de pandilla.

Ahora no comete mayor irreverencia porque no puede.

Pero quien así abusa hoy de su posición, bien induce a conjeturar que mañana, por el mismo interés, cometerá sin empacho una indignidad tan grande como le fuere posible.

Pues según dijo el gran poeta Ayala:

«Todo se puede temer cuando hay ejemplo de todo.»

En resumen, el Sr. Sagasta ha hecho el primer ensayo visible de atentar a la Regia prerrogativa.

Su última actitud nos recuerda una escena, que relatamos por la ingenuidad infantil del protagonista.

Este era un chico glotón a quien su padre le había regalado pasteles, y viendo que se disponía a engullirlos, le dijo:

—Pero, hijo mío, ofrece a esa señora.

—No, le contestó el niño, porque tomará.

El padre indignado, a media voz:

—¡No tienes vergüenza!

El chico, escurriendo el bulto y los pasteles:

—¡Y a mí qué me importa!

TELEGRAMAS

(De nuestros corresponsales especiales en el extranjero)

EL EMPERADOR

Berlín 13 (7 t.)

A medida que se reciben de Potsdam detalles de la recaída que en su enfermedad ha experimentado el Emperador, aumentan más y más la inquietud del pueblo y el cariñoso interés que le inspira la salud del Soberano.

Desgraciadamente la alarma no es infundada, pues todas las noticias de Friedrichskron acusan la gravedad de la dolencia y el peligro en que se halla S. M., al cual han acordado los médicos, como único recurso para sostener sus fuerzas contra la postración que le domina, introducirle el alimento en el estómago por medio de una sonda.

Tanto el doctor Mackenzie como los demás profesores que asisten al augusto paciente, no han notado hoy mayor agravación en la dolencia de Su Majestad; pero todos ellos reconocen cuán alarmante es la situación y que la recaída sufrida reviste peores caracteres que las anteriores.

La familia imperial está afligidísima.

El Kronprinz, tan pronto como tuvo conocimiento del inesperado suceso, se apresuró a personarse al lado de su augusto padre.

A la hora en que telegrafio no se tienen nuevas noticias del estado de S. M.

El pueblo compra con avidez todos los extraordinarios que se publican referentes a la enfermedad del Emperador.

EN INGLATERRA.—EN PARÍS

París 13 (8,9 n.)

Los telegramas de Londres recibidos esta tarde, anuncian que el Gabinete Salisbury ha sido derrotado en la Cámara de los Comunes.

El ministro de Marina se opone a que fuese tomada en consideración por la Cámara una proposición presentada contra el almirantazgo, haciéndose eco de las quejas y censuras de que éste es objeto por parte del país.

Aprobada por Mr. Jeniungs y puesta a votación, fue aprobada por la Cámara, no obstante las manifestaciones del Gobierno.

Este, sin embargo, no presentará la dimisión.

El nuevo retroceso que en su enfermedad ha experimentado el Emperador de Alemania y las noticias que se van recibiendo acerca de su gravísimo estado, han influido notablemente en la Bolsa, en donde la contratación de todos los valores, así franceses como extranjeros, se ha hecho en baja.

Aquí se considera inminente un triste desenlace en la enfermedad, con la cual hace tanto tiempo viene luchando Federico III con ejemplar valor y resignación.—B.

ARMAS DE COMBATE

Roma 13 (7,50 t.)

Se asegura aquí que el Código penal y la ley provincial y comunal, que deben votarse en breve en las Cámaras, son un arma que se reserva el presidente del Consejo de ministros, Sr. Crispi, para ciertos casos más o menos remotos.

Entiéndese que el proyecto del presidente del Consejo es tener elementos preparados para combatir al partido clerical.—R.

EMPAREDADOS POLITICOS

Resulta ahora que ya no se hará la consulta al Consejo Supremo de la Guerra sobre la interpretación de las Ordenanzas en punto al santo y seña.

Y está muy puesto en razón.

Porque el santo se le ha vuelto de espaldas a la situación fusionista.

Y la seña... ¡Oh, las señas son mortales para dentro de muy pocos meses!

Entre las conferencias más importantes celebradas ayer, cita La Correspondencia una del ministro de Gracia y Justicia con el Sr. Abascal.

Ya sabemos para qué fue.

El alcalde quiso conocer la opinión del Sr. Alonso Martínez sobre el sistema de pavimentación que va a ser ensayado en la calle del Arenal.

Porque es lo que dice Carredano:

—En materia de entarugados, nadie como don Manuel; porque... ¡lo que es cuando él se entaruga en un ministerio, cualquiera lo desentrega!

Un telegrama de Castellón anuncia que, en aquella línea férrea, un tren ha arrollado a un hombre, matándole en el acto.

Y firma el telegrama Benito.

Que es lo mismo que si el Sr. Albareda hubiese telegrafiado ayer a los gobernadores dándole cuenta de la defunción del Ministerio y hubiera firmado. ¡Qué suerte!

Nos dice La Iberia que ya debemos saber, por el tiempo en que los tratamos, que los romeristas no sirven para partes de por medio, sino, a lo sumo, para comparsa.

Eso a quien importa es a La Iberia.

Por si acaso, dentro de poco, tiene que colocarlos formando grupo en su escenario.

Ya ha dimitido el subsecretario de Gobernación.

Una cartera más de que puede disponer el señor

Sagasta: la que llevaba el Sr. Urzaiz a todas partes y a todas horas.

Y a propósito: ¿quién es ese Urzaiz?

Dice El Resúmen que los conservadores invitaron ayer a su mesa por el Sr. Cánovas del Castillo hablaron mal del Gabinete dimisionario y del futuro Gabinete.

Anda despistado el periódico dominguista, por meterse a oler donde guisan.

Nuestros amigos no hablaron mal de los fusionistas.

Para esa tarea se bastan y sobran los amigos del Gabinete saliente y del entrante.

El Sr. González ha declarado de una manera rotunda—verdad es que él no puede hacer las cosas sino con rotundidad, por causa del físico,—pues ha declarado que no será ministro, aunque se lo prediquen padres misioneros o negros fusionistas.

El se reserva para presidir un Gabinete de cuatro pies para un banco.

El, Alfonso su hijo, Rózpide y Rossell, sus yernos ambos a dos.

Para resolver en definitiva el planteamiento de la crisis, los ministros dimisionarios almorzaron ayer a expensas de las cocinas de Palacio.

¡Hasta para marcharse ejercen de langosta los tales fusionistas!

Desde anteayer apenas se ocupa el Sr. Montero Ríos en otra cosa que en cabildear de aquí para allá con el jefe del Gabinete y con otros conspicuos de la situación sobre motivos de la crisis y de la modificación ministerial.

Pero ¿no habíamos quedado en que el banquete del Retiro fue la despedida de la vida activa de la política?

Porque, si esto no es actividad, que venga cualquier ardimiento y lo diga.

Para que se entere D. Eugenio.

Nos dice La Izquierda Dinástica que el Sr. Cánovas del Castillo hubiera hecho tal y cual cosa con el capitán general de Castilla la Nueva, mientras que el Sr. Sagasta se ha contentado con hacer esto y aquello.

Pero añade que la diferencia estriba en que don Práxedes «no es más que un simple... presidente del Consejo de ministros.»

Pues no hemos de reñir por tan poca cosa: quedamos en eso.

En varias de las candidaturas ministeriales que circularon ayer, figuraban los Sres. Maura y Canalejas.

Y se observó que ninguno de ellos iba sin el otro en lista alguna de presuntos ministros.

Por lo cual han mudado de parecer las gentes que les apellidaban Bielsa y Bargossi.

Y ahora les llaman los candidatos siameses.

Aunque la fraternidad que entre ellos exista, que se la claven en la frente a los Sres. Martos y Gamazo.

Cuando salió ayer del Consejo el Sr. Albareda, preguntáronle algunos periodistas:

—¿Qué ministros se van, D. José Luis?

—¡Tutti!—contestó en italiano del Puerto de Santa María el exministro de la Gobernación.

De donde se deduce que el Sr. Albareda ni sabe lenguas extranjeras, ni los Moretes que se trae entre manos.

Cuentan sus amigos que el general Cassola va a tirar de la manta en el Congreso y a descubrir todo el pastel de la crisis.

Sobre todo, si se queda en el nuevo Ministerio el Sr. Alonso Martínez.

Que será el mayor de los pasteles, a juicio del exministro de la Guerra.

Ayer obsequiaron los concejales con un almuerzo al Sr. Abascal.

Y le pusieron una mesa de herradura.

Con lo cual el hombre manifestó en su brindis que nunca había estado más a gusto.

Entre los fusionistas que se prometen a sí mismos y a sus familias respectivas ser ministros o cosa así en esta hornada, ha surgido el pensamiento de dedicar al Sr. Mansi una plancha de cualquier metal de poco precio con esta inscripción:

«Al director general de Correos y Telégrafos, los ministrables agradecidos.»

Porque dicen ellos que a nadie deben la crisis ni o al Sr. Mansi.

Que, por casualidad, dejó llegar a Madrid el telegrama del ministro de la Guerra, y a manos del Sr. Sagasta la carta del general Martínez Campos.

Aunque fuera por casualidad, siempre es de agradecer.

LA CRISIS

Como manifestamos en nuestro número anterior, en el Consejo celebrado anteayer, la crisis quedó planteada.

Ayer a las doce fué a Palacio el Sr. Sagasta, con el fin de dar cuenta a S. M. del Consejo celebrado la noche antes, permaneciendo en la regia Cámara largo rato, mientras los consejeros de la Corona esperaban en la secretaría de Estado.

Cuando el Sr. Sagasta abandonó las habitaciones de S. M., guardó absoluta reserva, manifestando que había despatchado según costumbre, informando a la augusta Soberana del estado de la política interior y exterior en los actuales momentos.

A la una y media de la tarde dió comienzo en el ministerio de Estado el Consejo. La cocina de Palacio sirvió el almuerzo a varios ministros.

A las dos y media terminó la reunión, de la cual resultó la dimisión de todo el Gabinete menos la del Presidente.

Momentos antes salió el secretario de la presidencia, Sr. Villanueva, con las comunicaciones oficiales dirigidas a los Cuerpos Colegisladores, participando la crisis.

Después de esto, se supo que el Gobierno había admitido la dimisión que del cargo de capitán general de Castilla la Nueva tenía presentada el señor Martínez Campos.

El Sr. Sagasta volvió a subir a las Reales habitaciones, de las que salió a las tres y media.

S. M. admitió las dimisiones de los ministros y encargó al Sr. Sagasta la formación de nuevo Ministerio.

En éste, se trataba de dar cabida a los diferentes elementos de la mayoría.

Con tal motivo, en los salones y pasillos del Congreso y el Senado, donde había gran animación, corrían multitud de candidaturas.

Hasta la hora de cerrar nuestro número no se sabe positivamente quienes constituirán el nuevo Gabinete.

CAJON DE SASTRE

En los talleres de Waltham, Inglaterra, se está construyendo un reloj fusionista, vamos a decir.

Las horas representan la vida de un hombre: a la I nace, a las II anda solo, a las VIII va a cátedra, a las XI es un hombre de edad madura y a las XII un viejo decrepito.

Todo esto en doce horas.

Lo mismo que la consecuencia de Martos.

Se va y se viene en un abrir y cerrar de ojos.

Un crítico, escribiendo acerca de la última novela de Galdós:

«En las escenas oficinescas iguala las famosas de Balzac en el mismo género; y en los encantadores episodios del enfermizo Luisito Cadalso, que en sus alocuciones cree tener amigables entrevistas con el Padre Eterno, el propio Dickens no ha ido más allá en punto a ternura penetrante y delicada.

¿He dicho algo?»

¿Que sí ha dicho V. algo?

Lo bastante para comprender que no ha leído a Dickens ni a Balzac.

O, lo que es más probable, que su entendimiento de V. no está a la altura de las novelas de ambos escritores.

El vapor inglés Etruria ha hecho la travesía de Irlanda a Nueva-York adelantando tres horas a los vapores más rápidos.

¡Bah!...

Candidato a ministro hay en Madrid que, en estas veinticuatro horas ha andado más de prisa.

Ha jurado el cargo, ha desgobernado el país, sostenido batallas en el Parlamento y hecho crisis veinte veces por minuto.

En el condado de Green, Estados Unidos, se apareció a los negros que allí habitan un Salvador de su mismo color y lámina.

Les dijo que era un enviado de Dios, y les ofreció el Paraíso si renunciaban a los bienes terrenos.

Algunas familias vendieron sus tierras, casas y muebles, cuyo producto entregaron al guachindanguito Mesías.

Este les citó en un lugar apartado para conducirlos a la tierra de promisión; y, habiendo acudido al lugar preñado y descubierto el engaño, buscaron al macareno que había tratado de poner tierra y agua por medio, y le colgaron de un árbol.

Al desmenuarle, descubrieron con indignación que era un blanco pintado de negro, y tal paliza le arrimaron que le dieron por muerto.

Sin embargo, merced a la caridad de unos blancos, se obró el milagro de la resurrección, aunque con pocas esperanzas de prolongarle la vida.

En Smolenk (Rusia) se iba a verificar una lotería compuesta de 1.000 billetes.

El premio gordo y único consistía en una hermosa mujer del país.

Las condiciones del sorteo eran las siguientes:

El importe de los billetes vendidos habían de constituir el dote de la muchacha.

En caso de que éste no se conviniere con el agraciado, debía indemnizarle con 2.500 rublos.

El interesado tenía a su vez el derecho de renunciar o ceder su premio.

Se dice que el general Cassola ha pedido un billete.

¡A que le toca!

S. LOBO.

LA POLITICA Y EL PARLAMENTO

CORTES

La sesión del Congreso se abrió ayer a las dos y media de la tarde, bajo la presidencia del Sr. Martos, y hallándose la Cámara muy concurrida y animada.

El señor presidente manifestó que se iba a dar cuenta de una comunicación del señor presidente del Consejo.

Se leyó, y decía así:

«Habiendo presentado las dimisiones de sus cargos los ministros del Gabinete que presido y que